

Macarena, lo más importante con un hijo que uno suele llamar adolescente es darse cuenta que este empieza a adolecer de la condición de niño. Esto implica desde los padres iniciar un duelo y por ello aceptar el sufrimiento que implica que "su niño" deja de serlo. Este tránsito que solemos endosarlo con mucha facilidad a los hijos debe ser asumido inicialmente por los padres. La edad del pavo muchas veces no es sino un signo reactivo, sintomático de la rebeldía de un niño que se resiste a seguir siéndolo en las fantasías de los padres. El niño que obedece quiere dar paso al joven que establece : una opinión, una idea, un acto propio.

El mejor síntoma paradójicamente de un adolescente es la desobediencia, en cierto modo la rebeldía. Los padres deben entender que hay que renovar el contrato que regía las relaciones hasta aquí. Hay que reformular las reglas sin abolirlas. Hay que pensar que el otrora niño, hoy adolescente necesita, precisa que los padres le den un lugar en la escritura de esta reformulación de reglas, donde lo más importante es que el tenga : voz y voto.

No es ni imponer el criterio de los padres ni dejarse sobrepasar por una imposición caprichosa del hijo.

No es entregarse al libertinaje caprichoso del adolescente, sino mas bien, a partir de las palabras a las que un diálogo convoca (donde todo decir tiene un valor), poder lograr que el hijo se haga cargo de los espacios de libertad que el reclama. Que suscriba los acuerdos que el se encargará de respetar. Para ello lo acordado debe ser algo que el también haya consensuado. Si es un acuerdo dónde sólo se juega la obediencia por una regla impuesta por los padres, entonces es difícil que el se haga responsable por mantenerla. Inevitablemente buscará ya no por la palabra, sino por los actos, transgredirla, quebrarla, intentar tozudamente el rompimiento.

Hay que pensar que lo que no pudo conseguir por la vía del decir (hablar acerca de lo que el pensaba que debía ser la regla) lo intenta lograr impulsivamente por el hacer.

Las palabras antes de los hechos debería ser la consigna familiar.

Invitarlo a hablar y escucharlo. Siempre, escuchar cinco veces más que hablar por parte de los padres, constituye un buen ejercicio para aprender a dar lugar a la voz destemplada de un adolescente, que ha dejado de ser tan delgada como para que no se les escuche y aún no es lo suficiente ronca como para que se imponga al modo de un mandato. El adolescente no pide como un niño ni dona como un adulto. Lo que intenta es balbucear acerca de un deseo que aún no sabe como inscribirlo. De esos deseos que un cuerpo malamente soporta, con las vicisitudes de sus cambios, con la impetuosidad de los instintos, con el brío propio de la juventud que clama por vivir, por intentar ser y en ello por hacerse oír por el otro.

Si pensamos que lo propio de un niño es el juego, en el adolescente debería ser la escritura. Los antiguos diarios de vida, los cuadernos que soportan sus ideas sobre la vida, la justicia, el mundo, el amor y la sexualidad son soportes que habría que fomentar e incentivar. Si muchos de esos escritos pueden ser tramitados en el discurso con los padres tendrá aún un mejor efecto.

Si de algo adolece el adolescente por momentos es de la palabra y de ello ha de seguir sufriendo si esta no es escuchada por los padres.

Sufre de un no saber decir que hay que intentar sea dicho, aunque mucho de lo que se dice quede resguardado por el silencio de la intimidad, el pudor y la vergüenza.

Es decir pídanle palabras, pero no se las pidan todas, de modo que algunas,(en esto de nos ser dichas), constituyan el tesoro de la intimidad que el adolescente busca afanosamente construir.

El secreto para los padre sería : *que los adolescentes le entreguen las palabras pero que guarden sus secretos.*